



Matando muertos
por Pepo Toledo

Matando muertos

Cuento por Pepo Toledo 12AB2022

www.pepotoledo.com

Epítome de la permisología y tramitología chapina

Homenaje a Víctor Suárez

—Debe haber muerto de frío —dice el médico forense, uno de esos médicos que vuelven a matar a los muertos.

Lo dice como si él hubiera estado ahí viendo cómo yo me moría la primera vez o viendo cómo se me ponía la piel morada como la de los muertos cuando ya están bien difuntos.

Quiero moverme, pero estoy tieso. Tengo las piernas engarrotadas y todo el aliento me falta. Me siento como un sapo enterrado en el fondo del estanque cargando con todo el lodo y encima con el peso del agua.

El médico toma el bisturí y se dispone a partirme para revolver mis entrañas como hacen los zopilotes con las tripas de los perros que se mueren de hambre o cuando los matan sus amos a patadas.

Ya destripado me rellenará con paja o cualquier otra cosa y me cerrará con puntadas gruesas, como las que cosen los costales o a los espantajos.

Apoya la hoja en mi pecho tanteando el corte, así como hacen los toreros antes de dejar a los toros bien muertos y con las patas estiradas y la lengua de fuera.

Yo todavía tengo un poquito más de vida de la que necesito para no morirme. No me quiero morir, ni mucho menos dejar que el forense me vuelva a matar. Además, tengo mucho qué hacer. Tantos asuntos sin concluir que ni bien los termino ya me salen otros.

Le pongo ganas encima a mis esfuerzos y logro mover un ojo.

—¡Está vivo! —dice el enfermero—. ¡No siga, doctor!

—No es posible —dice el médico, que ya había hundido la punta del cuchillo en mi piel—. Han de ser los reflejos de los nervios antes de enfriarse.

—Qué reflejos ni qué dieciocho cuartos; yo lo vi mover un ojo y se lo aseguro como si lo estuviera viendo.

La sangre fresca que brota de la herida le da el convencimiento que necesita para no seguirme matando.

Luego supe que había estudiado para tratar niños —pero eso nada tiene que ver con matar muertos— y que al graduarse había conseguido la chamba gracias a un compadre de esos bien congraciados con el gobierno.

El médico se imagina mi pecho abierto con todos los órganos moviéndose como queriéndole saltar encima para desagradecerle el favor de haberlos liberado, y tiene que apoyarse en la mesa de operaciones para no desmayarse mientras las piernas se le siguen aguadando del puro susto.

Comienzo a cabecear sobre el timón. Me despierta el sonido de las ruedas de mi picop golpeando contra los lados del camino haciendo el ruido del río cuando está crecido. Giro bruscamente y después de dos bandazos logro dominar el carro.

Debía estar en el mercado a las cinco de la mañana. Ya era tarde y no pude levantarme sino hasta que los gallos se aburrieron de cantar.

Había negociado diez redes de cebolla y tenía que llevar la lana.

A Severo Artero no le gusta esperar. Cualquier negocio en el mercado de Salamá se tiene que hacer con su comparecencia. Nadie se atreve a asaltarlo por más billetes que tenga y por más que no los esconda.

Del puro susto se me quita el sueño, pero igual me vuelvo a dormir sobre el timón y el susto se duerme conmigo.

Esta vez me despiertan el ruido de los chiribiscos y el ruido del zacate que azotan la palangana de mi picop, cuando rueda cuesta abajo dando brincos gigantescos como si se quisiera trepar a los árboles, mientras yo me agarro desesperadamente del timón. Los árboles se me vienen encima y cuando ya estoy por estrellarme con ellos se quitan para volver. Luego el picop se vuelca como un capirucho, me escupe y lo veo pasar encima de mis pensamientos dando vueltas y más vueltas.

Abro los ojos y por más que le ordeno a mis piernas y a mis brazos que se muevan, se están quietos. No sé si no me obedecen por el frío o por el dolor que siento como si el cielo se hubiera caído y me estuviera destripando y metiéndome más al fondo del fondo del barranco donde estoy.

Lo cierto es que tengo hundida la mitad del cuerpo en un arroyo más frío que ese otro que se llama viento y que me tiene engarrotado.

A veces se oye el lejano motor de un camión que puja para llegar a la cumbre. Pasan las horas y los momentos y nada más pasa. El sol llega arriba hasta donde le es posible llegar. Son pocos minutos de calor, pero suficientes

para poder moverme y calentar mis partes tiesas y menearlas a pesar de que me duelen.

Tengo que salir del agua antes de que el frío del arroyo se junte con el del viento y el de la noche. Como puedo estiro un brazo y luego el otro y luego otra vez el que estiré primero. Logro voltearme, caigo de boca en el agua y saco la cara para no ahogarme. Me aprovecho del momento para beber un sorbo de agua.

Me arrastro agarrando las rocas y a ratos arranco puñados de raíces. Mis costillas parecen puñales que buscan mis pulmones y no los dejan inflarse.

Los minutos no se dejan contar; pero después de cuatro codazos logro llegar a una parte seca, que no me sirve gran cosa para quitarme el frío.

El cielo se pone gris como el humo de los camiones y luego vienen los truenos y los relámpagos y comienza a caer una lluvia primero delgada y después espesa como sopa.

Pienso que tal vez me están buscando. O tal vez voy a morir de hambre y de frío por más que tenga cosas sin concluir y por más que tenga tantas ganas de vivir por la única razón de ponerles término. O tal vez estoy muerto y por estar pensando tanto creo que estoy vivo porque al fin y al cabo yo no tengo por qué saber si los muertos piensan distinto que los vivos.

No hay forma de que un vivo sepa algo, aunque sea algo de la muerte, ni siquiera cuándo viene.

Por mucho que esté sufriendo no me imagino que el infierno pueda ser tan frío y sin diablos que le echen leña al fuego de los peroles y sin monstruos que me saquen los ojos por los pecados de ver y me coman la lengua por los pecados de decir y me corten las manos por los pecados de tocar y me chupen el cerebro por los pecados de pensar y que todo me crezca de nuevo para volver a comenzar. Y menos puede existir un infierno para mí solo como si yo hubiera monopolizado todos los pecados del mundo sin dejar alguno a mis amigos y a los que no son mis amigos.

Tampoco puedo creer que todos los hombres taimados hayan echado a perder tantos merecimientos acumulados para ganarse el infierno arrepintiéndose precisamente en el último segundo.

Mas increíble es que en el cielo se pueda sentir tanto frío y dolor y sobre todo que yo haya podido ganarlo escondiéndome debajo de las bancas de la iglesia cuando el cura, enfurecido por nuestras maldades y después de abrumarnos con interminables incriminatorios, nos anunciaba la pena eterna.

En el purgatorio tampoco puedo estar porque allí se van los curas que miran con lujuria a las patojas en la iglesia y tampoco veo alguno.

Me estoy muriendo de hambre y de frío y de dolor y no tengo por qué saber si el que ya se murió de estas cosas las puede seguir sintiendo igual después de la muerte y se las van a tomar en cuenta para dejarlo entrar al cielo.

Por todos estos pensamientos me entra la esperanza de estar vivo.

Amanece y nuevamente llega la noche; al tercer día por la mañana oigo un murmullo cada vez más fuerte y son las voces de la gente que baja por el barranco, donde entre tanto silencio sólo se escuchaba el arroyo.

—Está muerto —dice en tono firme uno de los bomberos mientras me toma el pulso en la muñeca.

Recuerdo el presentimiento de estar vivo; pero a lo mejor estoy equivocado y el bombero tiene razón. De lo que estoy seguro es que se escabecha mi pulsera de plata, la única herencia de mi abuelo.

Luego él y sus compañeros me suben a una camilla mientras me birlan el morral donde traigo el dinero bien amarrado; solamente tengo conciencia de que me lo están quitando.

Llaman al médico forense, el que vuelve a matar a los muertos y a un tal Juez de Paz, que es el que dice si los muertos están bien muertos, y pienso entonces que esos dos son quienes van a sacarme de dudas.

El forense tarda como cuatro horas en llegar y el juez un poco más de seis. El forense viene de una fiesta donde habían matado un coche enterito con todo y orejas y mientras lo cocinaban casi se ahogan con dos galones de cusha. El Juez de Paz estaba encerrado en una pensión retozando con una de las meseras de la cantina de don Lúcido, que tenía las piernas redondas y calientes y regaladas y era muy contenta de su cuerpo.

Las autoridades hacen su trabajo sin ninguna prisa y sin ninguna gana de terminarlo; por fin, me declaran muerto por COVID y los bomberos me suben a una ambulancia.

Llego a la morgue con todo y ambulancia y bomberos y sin mi morral y sin mi pulsera de plata. La morgue estaba junto al hospital, hasta que las tormenta lota y Eta botaron la pared que da al parque; ahora está en una bodega a dos kilómetros de distancia, cerca del rastro municipal.

Así es como sucedió que los forenses matan a los muertos al lado de donde matan a las vacas y a los toros y a veces a los caballos. Porque igual que muchos dan gato por liebre, dan caballo por vaca.

—¡Abran paso! —grita el bombero—. Traigo un muerto vivo.

—¿Cómo se llama? —pregunta una mujer chaparra que está posesionada del único escritorio a la entrada del hospital con todo y sus doscientas cincuenta libras y su voz recia y su bigote como de hombre.

—No lo sé. En la morgue le quitaron la ropa y todo lo que traía
—responde el bombero.

Lo dice para que a nadie se le ocurra que él me quitó la ropa y los zapatos y la pulsera que me había dado mi abuelo y mi morral lleno de pisto.

—Por si no se ha dado cuenta, éste es un hospital. Aquí no recibimos muertos.

—Pero si está vivo.... El enfermero del forense dice que movió un ojo.

—Y a mí qué me importa. Si ingresó a la morgue está muerto. La ley es la ley y dice que en la morgue sólo entran los muertos.

—Podrá ser la ley; pero está vivo, aunque casi lo mata el forense.

—¿Quiere meterme en líos? Con seguridad le hicieron certificado de defunción.

—Pues ni siquiera lo terminaron de hacer. Recíbalo, por vida suya, que tenemos otras emergencias.

—Le digo que no. Además, no tiene papeles. ¿Se da cuenta? Muerto y sin su documento de identificación... Sólo eso me faltaba.

—Si se pela será por puritita culpa suya. A ver si a la noche no le viene a jalar los pies.

—Prefiero el susto y no que me quiten el trabajo.

—¿Qué es todo este alboroto?

—Qué bueno que vino, doctor Sedano. Ahorita mismo le entro a las explicaciones —dice la enfermera, de nombre Felipa Velloso.

Después de muchas discusiones el médico interno tampoco quiere hacerse responsable de mí. Entonces decide llamar al médico de guardia, pero sin suerte: se fue a cazar palomas güiras aprovechando que araron los campos de maicillo de don Tránsito Panero.

Me dejan en la entrada del hospital toda la noche al lado del escritorio de Felipa. Otra de las enfermeras se compadece y me tapa con un poncho de lana de esos que hacen en Momostenango. Luego le quita una botella de suero a medias a una vecina que según ella no la necesita porque su alma ya voló y me la pone para alargar la poca vida que me queda.

A la mañana siguiente localizan al médico de guardia, el doctor Osorio, y le cuentan de mi historia; pero no quiere hacerse cargo del muerto que soy yo ni del vivo que también soy yo y llama al director del hospital.

No lo encuentra porque se fue a ver la final de fútbol entre los cremas y los rojos a la capital y según oigo, no piensa volver en varios días, sobre todo si gana su equipo.

Osorio recorre el pasillo una y otra vez como pizote en jaula.

—Ya sé qué haremos —dice de pronto con aire de triunfo— ingréselo como XX.

—Pero si ya le hicieron el certificado de defunción— responde Felipa.

—Si lo ingresa como XX es otro el que ingresa y no el muerto. Además, como no tiene documentos, en el certificado de defunción también lo deben haber puesto como XX. En otras palabras, estamos cambiando un XX por otro, un muerto por un vivo —termina diciendo el doctor Osorio, convencido de haber dicho algo irrefutable.

—Pero la descripción del muerto y del paciente va a ser la misma

—insiste Felipa, enronqueciendo aún más la voz y sin importarles que el doctor se comienza a exasperar.

—Pues cámbiela. Anote que no tiene bigote y póngale treinta libras más de peso.

Para no tomar riesgos, primero me rasuran el bigote —que no era gran cosa— y luego me ingresan. “Ojalá también rasuraran a Felipa”, pienso.

También pienso que la gente de los hospitales tiene la boca hinchada de razón cuando nos dicen pacientes a los enfermos. Como si antes de entrar en ellos y a leguas de distancia ya tengamos que estar resignados a padecer.

Un muerto es un enfermo al que se le alargó la paciencia.

Por fin comienzan a curarme todos los magullones y el costillar del lado del corazón. Pero no se les ocurre tratarme también esa cosa que es como una piedra que me da vueltas dentro de la cabeza, y tengo que seguir atirantando mi paciencia.

—Vamos a darle de alta —dice el doctor Osorio.

—Pero doctor, sin aún no recuerda quién es ni sabe cuál es su gracia ni quién le puso el nombre que se le olvidó.

—Ese asunto de la memoria es cuestión de tiempo. Puede que la recupere mañana o tras pasado mañana a las seis o puede ser que tarde años. Por lo demás, lo veo bien; ya le cicatrizaron las heridas y no le silban los pulmones.

Aquí ya no lo podemos tener. Necesitamos su catre porque tenemos pacientes durmiendo en el suelo. Además, si los juntamos pueden contagiarse de COVID y entonces tendremos más trabajo.

—La ley dice que debemos entregarlo a un pariente.

—Nadie ha venido a reclamarlo ni él se acuerda de quién lo debe reclamar.

—¿Qué hará el desventurado allá afuera sin que lo reconozcan?

—Recuerde la transa que tuvimos que hacer para ingresarlo. Es mejor que se vaya lo más pronto posible antes de que nos negociemos un lío.

—¿Quién podría tener tanto empeño en chillarnos?

—Nunca se sabe. Recuerde que siempre hay gente que le envidia a uno el empleo y otros que hacen mal por puro deporte y otros por joder o por malos influjos.

—Bueno; si no hay más remedio le daré de alta.

—A menos que se lo quiera llevar a su casa.

Salgo caminando del hospital y me apersono con el policía que cuida la puerta al lado del escritorio de Felipa para pedirle ayuda. Cuando se entera que no tengo DPI ni otro papel que diga quién soy ni quién me parió y que mi único nombre es XX, me lleva preso.

En mi celda tengo todo el tiempo del mundo para pensar cómo se puede revivir un muerto; o bien matar un vivo; o averiguar si los vivos en realidad están vivos o se hacen.

Es mejor no decir todo lo que se piensa, especialmente cuando uno tiene una piedra dando vueltas adentro de la cabeza.

Ahora tengo más vida que muerte, pero igual nadie me conoce ni me reconoce. Ya ni recuerdo todo lo que tenía que hacer ni los asuntos sin concluir ni tengo ganas de ponerles término. Ni siquiera me dan miedo los médicos forenses, que son esos que vuelven a matar a los muertos.

Tal vez hubiera sido mejor que me muriera la primera vez.